

# Horacio Quiroga

## CUENTOS DE HORROR



*Agradeciendo la carta que José María Delgado le remitiera comentando el libro* Cuentos de amor de locura y de muerte, *Horacio Quiroga registra un cambio en su concepción del cuento en esa fecha de 1917. Le dice: "Sé también que para muy muchos lo que hacía antes (cuentos de efecto, tipo* El Almohadón,*), gustaba más que las historias a puño limpio, tipo* Meningitis *o los de monte. Un buen día me he convencido de que el efecto no deja de ser efecto (salvo cuando la historia lo pide), y que es bastante más difícil meter un final que el lector ha adivinado ya: tal como lo observas respecto de* Meningitis".

*Aunque estrictamente no abandonó nunca el cuento de efecto, manejando con suma habilidad uno de sus ingredientes mayores, el final fuerte que sacude al lector y concentra en sí la significación total del relato, es cierto que hubo un período que va hasta 1915 donde cultivó con más asiduidad el género. El modelo originario al que se ajustaba le venía de su adolescencia literaria cuando sus devotas lecturas de Edgard Allan Poe, pero persistió en tanto crecía su "sinceramo" y se desprendía del estilo decadente.*

*Esta estructura cuentística se puso preferentemente al servicio de los temas de horror que Quiroga cultivó desde sus comienzos sabedor, los cuales le facilitaban el más alto rendimiento del sistema narrativo empleado: el estremecimiento que procuraban sus temas se veía redoblado por el uso del efecto. Ese horror podía ser el macabro de sus ensayos poeianos, o los pavores de la insania mental o los que nacen de la frialdad con que se acomete la realización de un acto inmoral o los que surgen del más intensificado miedo. Todo esto se puede encontrar en sus dos primeros volúmenes,* Los arrecifes de coral (1901) y El crimen del otro (1904), *probando su irrefrenable atracción por los estados mórbidos, muy frecuentemente meros productos de una imaginación en libertad. Su contacto con el norte argentino y luego con Misiones no empalidece en nada su inclinación por los temas de horror, pero en cambio encuentra allí asuntos reales, situaciones convincentes donde puedan articularse con más alta verosimilitud. La tesonera búsqueda del horror encuentra asidero en lo real, ancla en un conflicto propio de las circunstancias de este mundo. Por lo mismo se acentúa la calidad sobrecogedora de la experiencia.*

*Simultáneamente disminuye la gratuidad de la invención que en sus orígenes sólo aspiraba a lo insólito y al golpe bajo. Ahora el horror comienza a ser utilizado para una comprensión más cabal de los seres humanos, dado que, al modo del "in vino veritas" también aquí el miedo devela las zonas ocultas de la personalidad; pone a prueba a las criaturas, sus sentimientos, la visión que tienen de sí mismas, y las obliga a reconocer la verdad única de lo que son. Otras veces, en "En el Yabebiry" o en "Los chanchos salvajes", la experiencia queda abierta y es justo: son tramos del fortalecimiento interior, son por lo tanto batallas que se van ganando en el esfuerzo por desarrollar las energías espirituales, reconociendo así las capacidades latentes y dándoles cuerpo. Si la predilección por los temas de horror nacía de la inseguridad interior, de la desconfianza por las personales fuerzas, sólo poniendo éstas al tablero de la realidad y así disolviendo las aprensiones, se alcanzará un dominio de sí, que es conocimiento de sí, mediante el cual perderá seducción para el autor ese tipo de temas. Desechará entonces el uso del miedo más superficial y simultáneamente desechará el cuento de mero efecto.*

*De los textos aquí reunidos, cinco corresponden a cuentos muy poco conocidos por no haberlos recogido el autor en sus libros. Son ellos: "En el Yabebiry" (1907), "La vida intensa" (1908), "Los chanchos salvajes" (1909), "Los guantes de goma" (1909), y "El perro rabioso" (1910).*

Angel Rama

## *En el Yabebiry*

El cazador que tuvo el chucho y fue conmigo al barrero de Yabebiry, se llamaba Leoncio Cubilla. Desde días atrás presentía una recidiva, y como éstas eran prolongadas, esperamos una semana, sin novedad alguna, por suerte.

Partimos por fin una mañana después de almorzar. No llevábamos perros; dos estaban lastimados y los otros no trabajaban bien solos.

Abandonamos la picada maestra tres horas antes de llegar al barrero. De allí un pique de descubierta nos aproximó legua y media, y la última etapa —hecha a machete de una a cuatro de la tarde más caliente de enero— acabó con mi amor al calor.

El barrero consistía en una laguna virtual del tamaño de un patio, entre un mar de barro. Acampamos allí, en el pajonal de la orilla, para dominar el monte, a cien metros nuestro. El crespúsculo pasó sin llevarnos un animal, no obstante parecer habitual la rastrillada de tapires que subían al monte.

Por sobriedad —o esperanzas de carne fresca, si se quiere— no llevábamos sino unas cuantas galletas que comí solo; Cubilla no tenía ganas. Nos acostamos. Mi compañero se durmió enseguida, la respiración bastante agitada. Por mi parte estaba un poco desvelado. Miraba el cielo, que ya al anochecer había empezado a cargarse. Hacia el este, en la bruma ahumada que entonces subía sobre el horizonte, tres o cuatro relámpagos habían cruzado en zig-zag. Ahora la mitad del cielo estaba cubierto. El calor pesaba más aún en el silencio tormentoso.

Por fin me dormí. Presumo que sería la una cuando me despertó la voz de Cubilla:

—¡El aguará guazú, patrón!

Se había incorporado y me miraba de hito en hito. Salté sobre la escopeta:

—¿Dónde? — Volvió cautelosamente la cabeza, mirando a todos lados, y repitió conteniendo la voz:

—¡El aguará!

Su cara encendida me hizo sospechar y le tomé el pulso: volaba de fiebre. La fatiga y humedad de ese día habían precipitado el acceso que él justamente preveía. Para mayor trastorno, éstos se iniciaban en él sin chuchos y en franco delirio.

Se durmió de nuevo felizmente. Tendido de espaldas, observé otra vez el tiempo. Aunque aún no había relámpagos, el cielo cargado tenía de rato en rato sordas conmociones fosforescentes. No nos esperaba buena noche. Volvíme sin embargo a dormir, pero me despertó un grito de terror:

—¡Patrón, al aguará!

Abrí los ojos y vi a Cubilla que corría hacia el monte con el machete en la mano. Salté tras él y logré sujetarlo. Temblaba, empapado en sudor. Volvió de mala gana, mirando atrás a cada momento; barbotaba sordas injurias en guaraní. Ya en el fogón sentóse en el suelo, abrazándose las rodillas y el mentón sobre ellas. Observaba fijamente el fuego, luciente de fiebre. A ratos lanzaba una carcajada, tornando en seguida a su mutismo.

Así llegaron las dos de la mañana. De pronto Cubilla removió las manos por el suelo y fijó en mí sus ojos, más excavados aún de miedo:

—¡El aguará se va a tomar toda el agua!... —No me quitaba la vista, en un pavor profundo. Le di de beber, le hablé, en vano.

Pero a mí mismo comenzaba a desazonarme el aguará y el desamparo de esa noche, ¡en qué compañía! La tormenta arreciaba. El rumor lejano del monte anunciaba el viento que pronto estaría sobre nosotros. El cielo relampagueante se abría y cerraba a cada momento, enceguecíendo. En una fulguración, más sostenida que las anteriores, el monte se recortó largamente sobre el cielo lívido. Cubilla, que desde hacía rato no apartaba de él la vista, incorporóse a medias y se volvió a mí, desencajado de espanto:

—¡El aguará va a venir, patrón!...

—No es nada — le respondí, mirando a pesar mío a todos lados.

—¡Ahí está! ¡Se va a tomar toda el agua!— gritó, levantándose y volviéndose a todos lados con impulsos de fuga. Y en ese instante, entre dos ráfagas de viento, oímos claro y distinto el aullido de un aguará. ¡Qué escalofrío me recorrió! No era para mí el aullido de un aguará cualquiera, sino de "ese" aguará extraordinario que Cubilla estaba olfateando desde las doce de la noche. Este, al oír el animal, se llevó la mano crispada a la garganta, paralizado de terror. Quedó así largo rato escuchando aún, y al fin bajó lentamente la mano, y se sentó serio y tranquilo. Echóse a reír en seguida, después:

—El aguará... no hay remedio... nos va a quitar el agua... no hay remedio... Me miraba irónicamente por entre las cejas: ¡El aguará... el aguará!...

El animal aulló otra vez, pero ya sobre nosotros, desde la punta del monte. Al fuego de otro relámpago se destacó en la greda su silueta inmóvil y cargada de hombros. Avancé cincuenta metros, temblando de miedo y ansia de acabar de una vez. Apunté en su dirección, y en el primer relámpago sostenido rectifiqué rápidamente e hice fuego. Cuando pude ver de nuevo, el páramo estaba desierto; no había sentido ni un grito. Al volver, Cubilla no parecía haberse inquietado. Proseguía balanceándose y riendo suavemente:

—No es nada; va a volver... se toma el agua... vuelve siempre...

Así siguió hasta el alba, y así continué, crispado por su profecía delirante y resignada, con la escopeta en las manos, mirando a todos lados, completamente perdido en el monte. Tal vez si mi hombre hubiera dicho que el aguará nos comería, o cosa así, no habría visto en ello más que una lógica sobreexcitación de cazador enfermo. Pero lo que me conturbaba era ese detalle de brutal realidad — ya fantástico por su excesiva verosimilitud: "a pesar de todo", el animal vendría a tomarse "nuestra" agua.

No vino, por suerte. Al abrir el día Cubilla se tendió en un sopor profundo, el pelo pegado a la frente amarilla y la boca abierta. Despertóse a las ocho, sin fiebre; no supo cómo disculparse de haberme hecho perder la cacería. Evité hablarle de su delirio y volvimos.

Esa misma tarde, debiendo Cubilla tornar a su hacha, dejé la Cuenca y regresé al Obraje, después de quince días de ausencia.

Con esa eran ya dos las noches de caza que pasaba de tal modo. No volví más al Yabebiry, y hace un mes, supe al llegar aquí que Cubilla había muerto de chucho.

## *La vida intensa*

Cuando Julio Shaw creyó haber llegado a odiar definitivamente la vida de ciudad, dicidióse a ir al campo, mas casado. Como no tenía aún novia, la empresa era arriesgada, dado que el noventa y ocho por ciento de mujercitas, admirables en todo sentido en Buenos Aires, fracasarían lamentablemente en el bosque. La vida de allá, seductora cuando se la precipita sin perspectiva en una noche de entusiasta charla urbana, quiebra en dos días a una muñeca de garden-party. La poesía de la vida libre es mucho más ejecutiva que contemplativa, y en los crepúsculos suele haber lluvias tristísimas — y mosquitos, claro está.

Shaw halló al fin lo que pretendía, en una personita de dieciocho años, bucles de oro, sana y con briosa energía de muchacha enamorada. Creyó deber suyo iniciar a su novia en todos los quebrantos de la escapatoria: la soledad, el aburrimiento, el calor, las víboras. Ella lo escuchaba, los ojos húmedos de entusiasmo. —"¡Qué es eso, mi amor, a tu lado!" Shaw creía lo mismo, porque en el fondo sus advertencias de peligro no eran sino pruebas de más calurosa esperanza de éxito.

Durante seis meses anticipóse ella tal suma de felicidad en proyectos de lo que harían cuando estuvieran allá, que ya lo sabía todo, desde la hora y minutos justos en que él dejaría *su trabajo*, hasta el número de pollitos que habría a los cuatro meses, a los cinco y a los seis. Esto incumbiría a ella, por cierto, y la aritmética femenina hacía al respecto cálculos desconcertantes que él aceptaba sin pestañar.

Casáronse y se fueron a una colonia de Hohenlau, en el Paraguay. Shaw, que ya conocía aquello, había comprado algunos lotes sobre el Capibary. La región es admirable; el arroyo helado, la habitual falta de viento, el sol y los perfumes crepusculares, fustigaron la alegría del joven matrimonio.

En tres días organizó ella la vida. Shaw trabajaría en la chacra, en el monte o en casa; no era posible precisar más. Ella, en cambio, tenía horas fijas. Temprano, *administraría* las gallinas —como decía Shaw— y cuidaría de los almácigos. A las seis, vigilaría muy bien el ordeñamiento de las vacas. A las siete, tomarían café con leche, A las ocho, etc. etc.

Así se hizo. La preocupación de su trabajo y de los peones dio naturalmente más seriedad al carácter de Shaw. Pero ella, al mes, conservaba aún su embriaguez febril, loca de entusiasmo por su nueva vida. —"Demasiada fiebre"— amonestábala él, entre dos risas y más besos. En efecto, no había querido llevar piano ni siquiera gramófono, dado que esas eran horribles cosas de ciudad, y ella deseaba olvidarse de todo, para ser más digna de su nueva existencia, franca, sencilla e intensa. Pero su intensidad fue completa.

Una noche, Shaw escribía una carta, cuando creyó oír afuera cautelosas pisadas de caballo. El tiempo estaba tormentoso y en silencio. Ambos levantaron la cabeza y se miraron.

—¿Qué será? — preguntó ella con voz baja y un poco ansiosa, pronta ya a ir a su lado.

—No sé; parecen pasos de caballo.

Prestó oído, en vano. Volvió de nuevo al papel, pero adivinando que ella había quedado intranquila, fue a la pieza contigua y abrió la ventana, asomándose. La noche estaba muy oscura y calurosa. Apoyó las manos en el marco y esperó un momento. Estando así, sintió que sobre sus pies caía algo desmenuzado, como arena.

Movió el pie, constatando que efectivamente era eso. —"De la argamasa"— pensó. Como no oía nada, cerró la ventana, y, al volverse vio sobre el piso, en el agudo triángulo de la luz que dejaba pasar la puerta entornada, una serpiente negra que se deslizaba hacia el cuarto en que estaba su mujer. Shaw comprendió por qué había caído la arena al paso del reptil sobre el marco y entre sus manos. Sabía también que mientras no se le hostigara, el animal no atacaría. Pero pensó también, con un nudo en la garganta, que su mujer podría no verla y pisarla.

—¡Inés!— la llamó en voz ni alta ni baja.

—¿Qué hay?— oyó.

—Oyeme bien, —añadió lentamente y en calma—. No te muevas. No tengas miedo. Oyeme bien. Pero no te muevas por nada. Ha entrado una víbora... ¡No te muevas, por Dios!

Un grito de espanto le había respondido.

—¡Julio, Julio!

—¡No corras, no corras!— gritó él a su vez, precipitándose sobre la puerta.

—¡Julio!... —oyó aún. Y en seguida su alarido. Se lanzó a él, lívida de terror.

—¡Me picó aquí! ¡Ay, no quiero morir! ¡Julio, no quiero morir!

—¿Dónde?—rugió Shaw, más lívido que ella.

—¡Aquí, en la mano! Tropecé... ¡Ay, me duele, me duele mucho! ¡Julio, mi Julio, te quiero!...

Shaw se desprendió un segundo y aplastó de un silletazo a la serpiente, presta a un nuevo ataque. Ligó enérgicamente la muñeca y hendió con su cortaplumas, hasta el fondo, los dos puntos que habían dejado los colmillos, de que corrían dos hilitos negros. Al ver saltar la sangre, la joven dio un nuevo grito, tratando desesperadamente de desprender la mano. Pero Shaw resistió e hizo correr con todas sus fuerzas la sangre hacia la herida.

—¡Me duele, Julio, me duele mucho!... ¡No quiero morir! ¡No, no quiero morir! —gritaba desesperada, alzando cada vez más la voz. Shaw corrió y llenó como pudo de permanganato la jeringa. Pero ella, al ver la aguja, logró arrancar esta vez su mano.

—¡Inés, por favor! —clamó Shaw rudamente, esforzándose en recobrarla.

—¡No, no! —se debatía ella—. ¡No quiero más! Ay, no sé... ¡Me ahogo! ¡Ay, Julio, me ahogo!...

Shaw vio su instantánea palidez, y los dos hilitos de sangre lenta y negra surgieron fúnebres. —"Ha picado en una vena... se muere", se dijo aterrado. Su pensamiento se retrató, a pesar suyo, de tal modo en sus ojos, que ella comprendió.

—¡Inés, mi vida!

—¡No, no quiero morir, no quiero morir! —gritó enloquecida, ahogándose.

—¡Inés, mi Inés querida! —se le quebró la voz en un sollozo. Pero ella lo rechazó, lanzándole de reojo una mirada dura.

—¡Tú tienes la culpa! Me has traído aquí... Yo no quería morir... ¡Me has dejado morir!...

Shaw sintió que algo de su propia conciencia vital se quebraba para siempre, al revivir en un segundo los siete meses en que ella lo había mirado con los ojos húmedos de fe y de confianza en él.

—¡Me muero por tu culpa!... ¡Me has traído a morir aquí!... ¡Mamá!...

Shaw hundió la cara en la colcha.

—Perdóname —le dijo.

—No... yo no quería venir... —Se asfixiaba, jadeando con voz ronca, de hombre casi. —Me has matado... ¡mamá... mamá!...

Un instante después moría. Shaw quedó largo rato sin moverse en el cuarto en silencio. Al fin salió, dio órdenes a los peones que con los gritos se habían levantado y vagaban curiosos por el patio, y se sentó afuera contra la pared, en un cajón de kerosene, bebiendo hasta las heces su triunfo de vida intensa.

## *Los chanchos salvajes*

Éramos cuatro cazadores: don Silverio, Venturinha, Israel y yo. A decir verdad, sólo los tres primeros lo eran profesionales, todo lo profesional que puede ser un propietario de media hectárea de mandioca y tabaco, o peón, según las vicisitudes. Yo los acompañaba, nada más, y si mi amor al bosque es fuerte, mi urbanización suele depararme sorpresas encantadoras. De esta especie fue la que me acaeció cierto 14 de enero.

Días anteriores Israel había traído de un pastoreo en la sierra la nueva de una vaquillona comida por un tigre. En un bosque como el de Misiones, donde abunda la caza para fieras, tal apetito civilizado suponía en el merodeador un espíritu poco recto, y sí bien torcido hacia las artimañas de tigre más o menos cebado. Deber nuestro era pues enseñarle la vía derecha con la mira de una escopeta.

Preparámonos. Primero, dar siquiera un pedazo de carne a los perros, pues para un animal que debe correr todo el día tras una fiera, no es excesiva la ración bisemanal de cuatro o cinco mandiocas. Así es su flacura espantosa. Los perros vanse de noche al monte a cazar por su cuenta, y de tarde a robar choclos en las chacras; pero aun así, como no siempre lo consiguen, viven mal, arrastrando con paso huraño su anca angostísima punteada de huesos.

Este sombrío paso desaparece, no obstante, apenas ve el animal aprontes de cacería; y una vez lanzado en pleno monte, el can miserable se transforma en un ser de ágil energía que concentra sus poderosos nervios en la aguda tensión del rastro.

Sin estar mal en este respecto, no era escogida nuestra provisión. Don Silverio tenía dos: *Desempeño* y *Cortaviento,* terribles animales tras un tapir y maravillosos de docilidad en la traílla. Venturinha llevaba un perro bayo, muerto a medias de hambre y reumático. Con el ardor de la caza corría bien; mas esta dicha costábale luego cuatro días de renguera hasta el hocico en tierra. En conjunto, tres perros, a los cuales se agregaron dos que aportó a la sociedad un negro aserrador que hallamos en el paraje.

Necesitábamos también un carguero, pues la expedición, pudiendo durar días, exigía algo más que cartuchos con balines. Hubimos de Israel una yegua suya — y así el 13 de enero de 1907 emprendimos la marcha los cuatro hombres, los cinco caballos y los tres perros.

Mas llegados al Cazador —cuatro leguas adentro— desistimos de seguir adelante. Tres días corridos eran plazo sobrado largo para la estancia de un tigre, ser eminentemente vagabundo. En el Cazador había tapires, tatetos, osos hormigueros y tigres. De este modo todo era posible, y en especial no hallar un solo animal.

Acampamos con una noche de ahogado calor. Ahora bien, sabido es que no hay broma más eficaz en Misiones que permitir dormir afuera a un modesto amigo que acaba de llegar y que, cal-

cinado por el sol de la tarde, se tiende en un estricto catre, suspirando de beatitud en la frescura de las nueve. Como esa frescura va progresando para mayor dicha de los cautos, y el amigo ha rehuido toda sábana, a la una de la mañana se despierta aterido de frío; y si los farsantes hanle cerrado todo medio de intromisión en el hogar, el mísero presto clama sinceramente piedad.

Nosotros llevábamos ponchos; pero aun así despertéme de pronto bastante incómodo de frío. Miré el reloj: eran las doce apenas. Luego a la madrugada debía de ser interesante. En efecto, el frío habitual llegó y pasó anormalmente hasta tal punto que sintiendo ruido alcé la cabeza y vi a don Silverio en cuclillas, avivando el fuego.

—¿Frío, don Silverio? —le insinué.

—Hum... —gruñó. Tras él levantéme yo y luego los otros. Pronto la llama nos encendió el rostro, pero ni aun así cedimos un paso. Hasta que amaneció nos mantuvimos adorándolo, poncho a la espalda. Cuando Israel fue a buscar los caballos, volvió con las manos moradas, quejándose. No creo que esa noche el termómetro haya pasado de 8°.

En estas circunstancias agregósenos el negro con sus dos perros, hombre él a quien haya visto comer los tres más cenitales conos de arroz que quepan en un plato. En pos del primero, y a mi distraído ofrecimiento de un segundo, el negro aceptó. —Para sus perros—, pensé tranquilo. El se lo comió solo e ídem el tercero, según su modo integral.

Entretanto el sol salía y nos internamos en el monte. Antes, pocos meses atrás, había habido por allí un pique para caballo; pero las heridas del bosque cicatrizan en el espacio de dos lluvias, y necesitábase para reconocerle el instinto de los de allá. La marcha no era así nada fácil. Entre otras cosas, había troncos que los caballos debían saltar con mínimas facilidades para ello; y como encanto particular, las lianas macheteadas y tendidas en resorte por el cuerpo del que nos precede y que al volver violentamente en sí suelen cruzar la cara. Y así lo demás.

Por fin desembocamos en un abra, plazoleta de pasto seco, más amarillo aun por el negro cajón del monte. Dejamos los caballos a soga e internámonos a pie, en terreno de caza, por fin.

Estábamos en pleno tacuapí, variedad de bambú delgadísimo que se teje y ovilla sobre sí mismo en densos bloques. Alrededor del cuerpo el bosque húmedo y sombrío se cerraba, aislando del todo a aquél. Arriba, únicamente muy arriba, se presumía el cielo por un poco más de claridad. En estas condiciones la marcha tórnase peregrina, pues aun avanzando en fila no se ven los unos a los otros, ya que un metro de tacuapí es un muro. Además, ante tales espesuras es muchas veces más obvio dejar de lado machete y dar un salto de vientre sobre el bloque, rodando hasta caer del otro lado, o arrastrarse también de vientre, sobre el suelo. Allí hay indudablemente víboras; mas nunca se las encuentra.

Los perros, atraillados siempre, pugnaban de vez en cuando por detenerse, el hocico aspirante pegado a tierra. Observábase el rastro, para lo cual don Silverio debía a menudo apartar suavemente con el cuchillo las hojas que lo ocultaban. Coatí o venado o zorro —no convenía soltar los perros.

Íbamos en fila; Ramón, Venturinha e Israel abriéndose paso a machete; luego don Silverio con los cinco perros, y yo detrás, preservando los gatillos de la escopeta, pues en la densa maraña nada más fácil que un sifó, deslizándose sobre los cañones, arme y desarme los gatillos, con el resultado consiguiente.

Al cabo de una hora, y cuando el consejo de cazadores se disponía a soltar los perros para que se lanzaran al monte a buscar, éstos tendieron rígida la traílla: no era posible arrancarles el hocico del suelo. No había duda; el rastro era caliente, y en un segundo los cazadores estuvieron en cuclillas.

—Parece jabalí, —observó Venturinha.

—Creo, —asintió don Silverio, después de hondo examen. La caravana decidióse con ellos, pues si Venturinha es maestro en asuntos de orientación, don Silverio lo es en conocimientos de rastreo.

Soltáronse, pues, los perros. Uno detrás de otro se hundieron en el monte por la misma línea, y dos minutos después un ladrido claro, un verdadero toque de alerta y esperanza, llegó del Este Venturinha nos miró con orgullo.

—Es mi *Bayo*...

Antes que tuviéramos que congratularnos, sonó el ronco ladrido de *Desempeño,* luego el agudo de la perra del negro, y en seguida el latido de la jauría entera lanzada en pleno rastro.

Los chanchos salvajes, —o jabalíes, según los llaman allá— gozan, como sus sobrinos los pecaríes, del placer de la especie. Raro es hallar uno solo; en este caso el animal es un ser huraño que, habiendo llegado a hallar irritante la presencia de sus hermanos, no admite de ningún modo la del hombre. Preciso es, desde luego, ser muy cauto en su persecución. La piara más discreta, huye mientras le es posible.

En tanto que los perros corrían, habíamonos quedado quietos. Nuestra misión consistía en escuchar atentamente su latido hasta que su exasperación furiosa nos probara que el animal, forzado, hacía frente a los perros. Mas como una fiera de monte —y en especial el tateto— es capaz de correr ocho horas seguidas, alejándose en proporción, menester es a veces seguir tras los perros para no perder sus voces. Esto fue lo que debimos hacer ese día. No ocho horas, pero sí seis, los jabalíes —el rastro de uno apartado nos había llevado a una piara— nos arrastraron en su fuga. A veces, huyendo siempre, volvían en diagonal hacia nosotros, y entonces debíamos machetear el monte, llegando tarde siempre, pero aún a tiempo para aullarles ánimo a los perros.

Fácil es comprender la fatiga de tales cruzadas. Si cuando se adelanta sin mayor premura el machete facilita mucho el avance, cuando se corre, apenas trabaja aquél. Los pies, los brazos, la frente lo hacen todo, quebrando lianas y piel.

Así seis horas. Eran ya las cuatro; y en un instante en que nos habíamos detenido, jadeando de pie, sin esperanzas y decididos casi a no correr más, los perros nos enviaron el grito final de triunfo. Ya no era latido, sino un aullar precipitado, hasta un solo hilo de voz.

—¡Ya pararon! —gritó Venturinha. Y sin decir nada corrimos. No había más machete; Venturinha e Israel iban lanzados forzando el monte, enredándose, cayendo, disparando, rompiendo de paso a dos manos las lianas del cuello. Pude ver así el sombrero de Israel que quedaba para siempre colgado de una rama. Venturinha y don Silverio llevaban vinchas. En cuanto a mí, la escopeta me molestaba bastante, y sobre todo la violenta disnea de esa carrera.

Nos acercábamos. A los ladridos agregábanse ahora agudos gritos de miedo y dolor; los jabalíes hacían lo posible abriendo el vientre de nuestros aliados. Un momento después nos detuvo el próximo castañeo de los colmillos.

—Oiga —me dijo apresurado don Silverio—. Son muchos, más de cuatro docenas. Tenga cuidado; trate de acercarse teniendo siempre un árbol al lado. Con un metro que trepe, está a salvo.

—Fíjese en esto, —ayudó Venturinha—. Si cuando lo ven levantan y bajan la cabeza una sola vez, avance sin miedo; pero si la suben tres veces, arrímese en seguida a un árbol.

Dicho lo cual me dejaron todos para formar la línea. Me hallé solo. El silencio hostil del bosque —silencio únicamente para nuestros oídos, y esto es lo que desazona— me sobrecogió. Miré a todos lados; mi compañero contiguo podría o no estar a veinte metros, pero en una espesura de tacuapí tal distancia equivale a mil leguas. Más la fiebre de la caza es mucho más fuerte que todo esto y avancé. Los perros atacaban aún, aunque con visible miedo. Sentía claro sus saltos aullantes ante las acometidas de los jabalíes. Di diez pasos más y de pronto los vi. Habíanse detenido en un claro de bosque, donde, habiendo aserrado alguna vez, quedaban aún raigones hachados. Eran más de cincuenta, jadeantes, erizados y el blanco de los ojos perfectamente visible. Miraban a todos lados, pues me habían sentido. Avancé aún, desemboqué en el claro y me vieron. Tuve instantáneamente la piara entera vuelta a mí, con esa fijeza en la mirada que nace de todos los músculos prontos a ser lanzados como una flecha.

Yo conocía a los tatetos, pero no había cazado aún jabalíes. Recordé las precauciones a tomar, y aunque con bastante incredulidad respecto a los cabeceos, eché una rápida ojeada a los árboles vecinos. Como estaba aún a treinta metros y no quería perder tiro —y sobre todo herir únicamente— acerquéme quince más, y entonces vi al viejo macho levantar la cabeza y bajarla a ras de la hojarasca. Pero los dedos me hormigueaban demasiado en los gatillos para esperar nuevas flexiones; apunté al macho e hice fuego.

Como un rayo, sentí tras el humo el pisoteo precipitado de la piara que arrancaba sobre mí. No tenía tiempo de nada; tiré la escopeta y salté sobre un raigón aserrado a 1.10 metros del suelo. Púseme de pie con toda la rapidez que pude; los chanchos se estrellaron contra aquél y en diez segundos redujeron la corteza a tiras colgantes. Las cabezas más irritadas llegaban con los colmillos hasta el borde de mi meseta, mas no alcanzaban.

Miré a todos lados; no veía más que ojos inyectados en sangre y colmillos castañeantes. Estaba completamente rodeado. Sentí una detonación.

—¡Venturinha! —grité.

—Aquí ¡no se mueva!

—¿Y los otros?

—Por ahí; nos vamos acercando; espere.

Esperé, mientras la detonaciones se sucedían. Pero los chanchos no querían sino al que les había herido al viejo macho. Presto las pistolas callaron, como ya lo habían hecho los dos perros semivivientes. Torné a mirar alrededor. Fuera de mi posición peligrosísima, el crespúsculo, un sombrío crespúsculo de claro de bosque, comenzaba a caer. Los ojillos inyectados continuaban fijos en mí. Y lo que antes no me había impresionado, lo sentía bien ahora en el silencio: el castañeo de los colmillos. El que produce un *ta-te-to* es ya considerable; supóngase ahora el de cincuenta jabalíes. El claro resonaba con ese formidable irritamiento de rabia. Los chanchos más cercanos a mí se sentaron. Y pasé entonces media hora de miedo, de ese miedo inerte que imbuye el aislamiento humano en un medio absolutamente superior a él. Yo sabía que los jabalíes esperan días y días, hasta que sacian su venganza.

—¡Venturinha! —se me salió de la boca en voz no suficientemente alta. No me oyó.

Pero las cosas cambiaban. El macho herido había logrado restañar su sangre y ponerse de pie. Sacudíase sin cesar, gruñendo.

Fuera desgano de combate o meditación pacífica sobre mi inexpugnabilidad complicada con mi escopeta, el hecho es que los colmillos cesaron poco a poco de chirriar. Los sitiadores fuéronse levantando, giraron largo rato a mi alrededor con sordos gruñidos hasta que por fin se alejaron al paso, hociqueando aquí y allí, mientras me miraban de reojo.

Diez minutos después nos reincorporábamos. Me senté en un tronco, sin ganas de hablar. Al fin, don Silverio me dirigió la palabra sin mirarme, como si se dirigiera a un árbol cualquiera:

—Dan miedo los jabalíes.

Respondíle que evidentemente sí.

Y ahora que pienso, —arguyó Venturinha—, quisiera saber quien es el que aserró en pie este grafiapuña y a esta altura. Sin esta chambonada, los jabalíes hubieran alcanzado a bajar con los colmillos y repartirse lo que estaba arriba.

## *Los guantes de goma*

El individuo se enfermó. Llegó a la casa con atroz dolor de cabeza y náuseas. Acostóse en seguida, y en la sombría quietud de su cuarto sintió sin duda alivio. Mas a las tres horas aquello recrudeció de tal modo que comenzó a quejarse a labio apretado. Vino el médico, ya de noche, y pronto el enfermo quedó a oscuras, con bolsas de hielo sobre la frente.

Las hijas de la casa, naturalmente excitadas, contáronnos en voz todavía baja en el comedor que era un ataque cerebral, pero que por suerte había sido contrarrestado a tiempo. La mayor de ellas, sobre todo, una muchacha fuertemente nerviosa, anémica y desaliñada, cuyos ojos se sobreabrían al menor relato criminal, estaba muy impresionada. Fijaba la mirada en cada una de sus hermanas que se quitaban mutuamente la palabra para repetir lo mismo.

—¿Y usted, Desdémona, no lo ha visto? —preguntóle alguno.

—¡No, no! se queja horriblemente... ¿Está pálido? — se volvió a Ofelia.

—Sí, pero al principio no... Ahora tiene los labios negros.

Las chicas prosiguieron, y de nuevo los ojos dilatados de Desdémona iban de la una a la otra.

Supongo que el enfermo pasó estrictamente mal la noche, pues al día siguiente hallé el comedor agitado. Lo que tenía el huésped no era ataque cerebral sino viruela. Mas como para el diagnóstico anterior, las chicas ardían de optimismo.

Por suerte, es un caso sumamente benigno. El mismo médico le dijo a la madre: "No se aflija, señora es un caso sumamente benigno".

Ofelia accionaba bien, y Artemisa secundaba su seguridad. La hermana mayor, en cambio, estaba muda, más pálida y despeinada que de costumbre, pendiente de los ojos del que tenía la palabra.

—Y la viruela no se cura ¿no? —atrevióse a preguntar, ansiosa en el fondo de que no se curara y aún hubiera cosas mucho más desesperantes.

—¡Es un caso completamente benigno! —repitieron las hermanas, rosadas de espíritu profético. Si bien horas después llevábanse al enfermo y su contagio a la Casa de Aislamiento. Supimos de noche que seguía mal, con la más fúnebre viruela negra que es

posible adquirir en la Aduana. Al día siguiente fueron hombres a desinfectar la pieza donde había incubado la terrible cosa, y tres días después el individuo moría, licuado en hemorragias.

Bien que nuestro contacto con el mortal hubiera sido mínimo, no vivimos del todo tranquilos hasta pasados siete días. Fatalmente surgía a diario, en el comedor, el sepulcral tema, y como en la mesa había quienes conocían a los microbios, éstos tornaron sospechosa toda agua, aire y tacto.

La muerte, ya habitual seguramente en los terrores nerviosos de Desdémona, cobró esta vez forma más tangible en la persona de sus sutiles nietos.

—¡Oh, qué horror, los microbios! —apretábase los ojos—. Pensar que uno está lleno de ellos...

—Tenga cuidado con sus manos, y descartará muchas probabilidades, —compadecióla uno.

—No tanto, —arguyó otro—. Ha habido contagios por carta. ¿A quién se le va ocurrir lavarse las manos para abrir un sobre?

Los ojos desmesurados de Ofelia quedáronse fijos en el último. Los otros hablaban, pero éste había sugerido cosas maravillosamente lúgubres para que la mirada de la joven se apartara de él. Después de un rato de inmóvil ensueño terrorífico, miróse bruscamente las manos. No sé quién tuvo entonces la desdicha de azuzarla.

—Llegará a verlos. La insistencia en mirarse las manos desarrolla la vista en modo tal que poco a poco se llega a ver trepar los microbios por ella...

—¡Qué horror! ¡cállese! —gritó Desdémona.

Pero ya el trastorno estaba producido. Días después dejaba yo de comer allá, y un año más tarde fui un anochecer a ver a la gente aquella. Extrañóme el silencio de la casa; hallé a todos reunidos en el comedor, silenciosos y los ojos enrojecidos; Desdémona había muerto dos días antes. En seguida recordé al individuo de la viruela; tenía por qué, sin darme cuenta.

Durante el mes subsiguiente a mi retirada, Desdémona no vivió sino lavándose las manos. En pos de cada ablución mirábase detenidamente aquéllas, satisfecha de su esterilidad. Mas poco a poco dilatábanse sus ojos y comprendía bien que en pos de un momento de contacto con la manga de su vestido, nada más fácil que los microbios de la terrible viruela estuvieran trepando a escape por sus manos. Volvía al lavatorio, saliendo de él al cuarto de hora con los dedos enrojecidos. Diez minutos después los microbios estaban trepando de nuevo.

La madre —que habiendo leído antes de casarse una novela, conservaba aún debilidad por el más romántico de los tres nombres filiales— llegó a hallar excesivo ese distinguido temor. La piel de las manos, terriblemente mortificada, lucía en rosa vivo, como si estuviera despellejada.

El médico hizo notar claramente a la joven que se trataba de una monomanía —peligrosa, si se quiere— pero al fin monomanía. Que razonara, etc.

Desdémona asintió de buen grado, pues ella lo comprendía perfectamente. Retiróse muy feliz. Después de reírse de sí misma con sus hermanas, llevóse las manos vendadas a los ojos, con un hondo suspiro de obsesión concluida al fin.

—Pensar que yo creía que trepaban... —se dijo; y continuó mirándolas. Poco a poco sus ojos fuéronse dilatando. Sacudió por fin aquéllas con un movimiento brusco y volvió la vista a otro lado, contraída, esforzándose por pensar en otra cosa. Diez minutos después el desesperado cepillo tornaba a destrozar la piel.

Durante largos meses la locura siguió, volviendo alegre de los consultorios, curada definitivamente, para, después de dos minutos de muda contemplación, correr al agua.

Fuese a otro médico, el cual, más excéptico que sus colegas respecto a ideas fijas, libróse muy bien de sugestiones intelectuales, tentando, en cambio, la curación en la misma corriente de aquéllas. En pos de un atento examen de la mano en todo sentido, dijo a Desdémona, con voz y ojos muy claros:

—Esta piel está enferma. Su cepillo la maltrata más aún, pero hay que modificarla; siempre, si no, estaría expuesta.

Y perdió dos horas en tocar la mano casi poro por poro con una jeringuilla llena de solución A. Luego, cada diez contactos, un algodón empapado en solución B, oprimido allí silenciosamente medio minuto.

Ese día se fue Desdémona tan dichosa que en la noche despertóse varias veces, sin la menor tentación, aunque pensaba en ello. Pero a la mañana siguiente arrancóse todas las vendas para lavarse desesperadamente las manos.

Así el cepillo devoró la epidermis y aquéllas quedaron en carne viva. El último médico, informado de los fracasos en todo orden de sugestión, curó aquello, encerrando luego las manos en herméticos guantes de goma, ceñidos al antebrazo con colodiones, tiras y gutaperchas.

—De este modo —le dijo— tenga la más absoluta seguridad de que los microbios no pueden entrar. A más, debo decirle que en el estado en que están sus manos, a la menor locura que haga puede perderlas.

—¡Si sé que son locuras mías! —refase confundida.

Y fue feliz hasta el preciso momento en que se le ocurrió que nada era más posible que un microbio hubiera quedado adentro. Razonó desesperadamente y se rió en voz alta en la cama para afirmarse más. Pero al rato la punta de una tijera abría un diminuto agujero en los guantes. Como era incontestable que los dos microbios saldrían de allí, tendióse calmada. Pero por los agujeros iban a entrar todos... La madre sintió sus pies descalzos.

—¡Desdémona, mi hija! —corrió a detenerla. La joven lloró largo rato, la cabeza entre las almohadas.

A la mañana siguiente la madre, inquieta, levantóse muy temprano y halló al costado de la palangana todas las vendas ensangrentadas. Esta vez los microbios entraron hasta el fondo —y al contarme Ofelia y Artemisa los cinco días de fiebre y muerte, recobraban el animado derroche verbal de otra ocasión, para el actual drama.

## *El perro rabioso*

El 20 de marzo de este año los vecinos de un pueblo del Chaco santafecino persiguieron a un hombre rabioso que en pos de descargar su escopeta contra su mujer, mató de un tiro a un peón que cruzaba delante de él. Los vecinos, armados, lo rastrearon en el monte como a una fiera, hallándolo por fin trepado en un árbol con su escopeta aún y aullando de un modo horrible. Viéronse en la necesidad de matarlo de un tiro.

Marzo 9.

Hoy hace treinta y nueve días, hora por hora, que el perro rabioso entró de noche en nuestro cuarto. Si un recuerdo ha de perdurar en mi memoria, es el de las dos horas que siguieron a aquel momento.

La casa no tenía puerta sino en la pieza que habitaba mamá, pues como había dado desde el principio en tener miedo, no hice otra cosa, en los primeros días de urgente instalación, que aserrar tablas para las puertas y ventanas de su cuarto. En el nuestro, y a la espera de mayor desahogo de trabajo, mi mujer se había contentado —verdad que bajo un poco de presión de mi parte— con magníficas puertas de arpillera. Como estábamos en verano, este detalle de riguroso ornamento no dañaba nuestra salud ni nuestro miedo. Por una de estas arpilleras, la que da al corredor central, fue por donde entró y me mordió el perro rabioso.

Yo no sé si el alarido de un epiléptico da a los demás la sensación de clamor bestial y fuera de toda humanidad que me produce a mí. Pero estoy seguro de que el aullido de un perro rabioso que se obstina de noche alrededor de nuestra casa provocará en todos la misma fúnebre angustia. Es un grito corto, estrangulado, de agonía, como si el animal boqueara ya, y todo él empapado en cuanto de lúgubre sugiere un animal rabioso.

Era un perro negro, grande, con las orejas cortadas. Y para mayor contrariedad, desde que llegáramos no había hecho más que llover. El monte, cerrado por el agua; las tardes, rápidas y tristísimas; apenas salíamos de casa, mientras la desolación del campo, en un temporal sin tregua, había ensombrecido al exceso el espíritu de mamá.

Con esto, los perros rabiosos. Una mañana el peón nos dijo que por su casa había andado uno la noche anterior y que había mordido al suyo. Dos meses antes un perro barcino había aullado *feo* en el monte. Había muchos, según él. Mi mujer y yo no dimos mayor importancia al asunto; pero no así mamá, que comenzó a hallar terriblemente desamparada nuestra casa a medio hacer. A cada momento salía al corredor para mirar el camino.

Sin embargo, cuando nuestro chico volvió esa mañana del pueblo confirmó aquello. Había explotado una fulminante epidemia de rabia. Una hora antes acababan de perseguir a un perro en el pueblo. Un peón había tenido tiempo de asestarle un machetazo en la oreja, y el animal, al trote, el hocico en tierra y el rabo entre las patas delanteras, había cruzado por nuestro camino mordiendo a un potrillo y a un chancho que halló en el trayecto.

Más noticias aún. En la chacra vecina a la nuestra y esa misma madrugada, otro perro había tratado inútilmente de saltar el corral de las vacas. Un inmenso perro flaco había corrido a un muchacho a caballo por la picada del puerto viejo. Todavía de tarde se sentía dentro del monte el aullido agónico del perro. Como dato final, a las 9 llegaron al galope dos agentes a darnos la filiación de los perros rabiosos vistos y a recomendarnos sumo cuidado.

Había de sobra para que mamá perdiera el resto de valor que le quedaba. Aunque de una serenidad a toda prueba, tiene terror a los perros rabiosos, a causa de cierta cosa horrible que presenció en su niñez. Sus nervios, ya enfermos por el cielo constantemente encapotado y lluvioso, provocáronle verdaderas alucinaciones de perros que entraban al trote por la portera.

Había un motivo real para este temor. Aquí, como en todas partes donde la gente pobre tiene muchos más perros de los que puede mantener, las casas son todas las noches merodeadas por

perros hambrientos, a quienes los peligros del oficio —un tiro o una mala pedrada— han dado verdadero proceder de fieras. Avanzan al paso, agachados, los músculos flojos. No se siente jamás su marcha. Roban —si la palabra tiene sentido aquí— cuando les exige su atroz hambre. Al menor rumor, no huyen, porque esto haría ruido, sino se alejan al paso, doblando las patas. Al llegar al pasto se agazapan, y esperan así tranquilamente media o una hora, para avanzar de nuevo.

De aquí la ansiedad de mamá, pues siendo nuestra casa una de las tantas merodeadas, estábamos desde luego amenazados por la visita de los perros rabiosos, que recordarían el camino nocturno.

En efecto, esa misma tarde, mientras mamá, un poco olvidada, iba caminando despacio hacia la portera, oí su grito:

—¡Federico! ¡Un perro rabioso!

Un perro barcino, con el lomo arqueado, avanzaba al trote en ciega línea recta. Al verme llegar se detuvo, erizando el lomo. Retrocedí sin volver el cuerpo, para ir a buscar la escopeta, pero el animal se fue. Recorrí inútilmente el camino, sin volverlo a hallar.

Pasaron dos días. El campo continuaba desolado de lluvia y tristeza, mientras el número de perros rabiosos aumentaba. Como no se podía exponer a los chicos a un terrible tropiezo en los caminos infestados, la escuela se cerró; y la carretera, va sin tráfico, privada de este modo de la bulla escolar que animaba su soledad a las siete y a las doce, adquirió lúgubre silencio.

Mamá no se atrevía a dar un paso fuera del patio. Al menor ladrido miraba sobresaltada hacia la portera, y apenas anochecía veía avanzar por entre el pasto ojos fosforescentes. Concluida la cena se encerraba en su cuarto, el oído atento al más hipotético aullido.

Hasta que la tercera noche me desperté, muy tarde ya: tenía la impresión de haber oído un grito, pero ya no podía precisar la sensación. Esperé un rato. Y de pronto un aullido corto, metálico de atroz sufrimiento, tembló bajo el corredor.

—¡Federico! —oí la voz traspasada de emoción de mamá—, ¿sentiste?

—¡Sí! — respondí, deslizándome de la cama. Pero ella oyó el ruido.

—¡Por Dios, es un perro rabioso! ¡Federico, no salgas, por Dios! ¡Juana! ¡Dile a tu marido que no salga! — clamó desesperada dirigiéndose a mi mujer.

Otro aullido explotó, esta vez en el corredor central, delante de la puerta. Una finísima lluvia de escalofríos me bañó la médula hasta la cintura. No creo que haya nada más profundamente lúgubre que un aullido de perro rabioso a esa hora. Subía tras él la voz desesperada de mamá.

—¡Federico! ¡Va a entrar en tu cuarto! ¡No salgas, mi Dios, no salgas! ¡Juana! ¡Dile a tu marido!...

—¡Federico! — se cogió mi mujer a mi brazo.

Pero la situación podía tornarse muy crítica si esperaba a que el animal entrara, y encendiendo la lámpara descolgué la escopeta. Levanté de lado la arpillera de la puerta, y no vi más que el negro triángulo de la profunda tiniebla de afuera. Tuve tiempo apenas de avanzar una pierna, cuando sentí que algo firme y tibio me rozaba el muslo: el perro rabioso se entraba en nuestro cuarto. Le eché violentamente atrás la cabeza de un golpe de rodilla y súbitamente me lanzó un mordisco, que falló en un claro golpe de dientes. Pero un instante después sentí un dolor agudo.

Ni mi mujer ni mi madre se dieron cuenta de que me había mordido.

—¡Federico! ¿Qué fue eso? — gritó mamá que había oído mi detención y la dentellada en el aire.

—Nada: quería entrar.

—¡Oh!...

De nuevo, y esta vez detrás del cuarto de mamá, el fatídico aullido explotó.

—¡Federico! ¡Está rabioso! ¡No salgas! — clamó enloquecida, sintiendo al animal tras la pared de madera, a un metro de ella.

Hay cosas absurdas que tienen la apariencia de un legítimo razonamiento. Salí afuera con la lámpara en una mano y la escopeta en la otra, exactamente como para buscar una rata aterrorizada, que me daba perfecta holgura para colocar la luz en el suelo y matarla en el extremo de un horcón.

Recorrí los corredores. No se oía un rumor; pero de dentro de las piezas me seguía la tremenda angustia de mamá y mi mujer, que esperaban el estampido.

El perro se había ido.

—¡Federico! —exclamó mamá al sentirme volver por fin—. ¿Se fue el perro?

—Creo que sí; no lo veo. Me parece haber oído un trote cuando salí.

—Sí, yo también sentí... Federico: ¿no estará en tu cuarto?... ¡No tiene puerta, mi Dios! ¡Quédate dentro! ¡Puede volver!

En efecto, podía volver. Eran las dos y veinte de la mañana. Y juro que fueron fuertes las dos horas que pasamos mi mujer y yo, con la luz prendida, hasta que amaneció, ella acostada, yo sentado en la cama, vigilando sin cesar la arpillera flotante.

Antes me había curado. La mordedura era nítida: dos agujeros violeta, que oprimí con todas mis fuerzas y lavé con permanganato.

Yo creía muy restrictivamente en la rabia del animal. Desde el día anterior se había empezado a envenenar perros, y algo en la actitud abrumada del nuestro me prevenía en pro de la estricnina. Quedaban el fúnebre aullido y el mordisco: pero de todos modos, me inclinaba a lo primero. De aquí, seguramente, mi relativo descuido con la herida.

Llegó por fin el día. A las ocho, y a cuatro cuadras de casa un transeúnte mató de un tiro de revólver al perro negro, que trotaba en inequívoco estado de rabia. En seguida lo supimos, teniendo de mi parte que librar una verdadera batalla contra mamá y mi mujer para no bajar a Buenos Aires a darme inyecciones. La herida, franca, había sido bien oprimida y lavada con mordiente lujo de permanganato. Todo esto, a los cinco minutos de la mordedura. ¿Qué demonios podía temer tras esa corrección higiénica? En casa concluyeron por tranquilizarse, y como la epidemia —provocada seguramente por una crisis de llover sin tregua como jamás se viera aquí— había cesado casi de golpe, la vida recobró su línea habitual.

Pero no por ello mamá y mi mujer dejaron ni dejan de llevar cuenta exacta del tiempo. Los clásicos cuarenta días pesan fuertemente, sobre todo en mamá, y aún hoy, con treinta y nueve transcurridos sin el más leve trastorno, ella espera el día de mañana para echar de su espíritu, en un inmenso suspiro, el terror, siempre vivo, que guarda de aquella noche.

El único fastidio acaso que para mí ha tenido esto es recordar punto por punto lo que ha pasado. Confío en que mañana de noche concluya, con la cuarentena, esta historia que mantiene fijos en mí los ojos de mi mujer y de mi madre, como si buscaran en mi expresión el primer indicio de enfermedad.

.....

Marzo 10.

¡Por fin! Espero que de aquí en adelante podré vivir como un hombre cualquiera que no tiene suspendidas sobre su cabeza coronas de muerte. Ya han pasado los famosos cuarenta días, y la ansiedad, la manía de las persecuciones y los terribles gritos que esperaban de mí pasaron también para siempre.

Mi mujer y mi madre han festejado el fausto acontecimiento de un modo particular: contándome punto por punto todos los terrores que han sufrido sin hacérmelo ver. El más insignificante desgano mío las sumía en mortal angustia: "¡Es la rabia que comienza!", gemían. Si alguna mañana me levanté tarde, durante horas no vivieron, esperando otro síntoma. La fastidiosa infección en un dedo que me tuvo tres días febril e impaciente fue para ellas una absoluta prueba de la rabia que comenzaba: de donde su consternación, más angustiosa por furtiva.

Y así, el menor cambio de humor, el más leve abatimiento, provocáronles, durante cuarenta días, otras tantas horas de inquietud.

No obstante estas confesiones retrospectivas, desagradables siempre para el que ha vivido engañado, aun con la más arcangélica buena voluntad, con todo me he reído buenamente. "¡Ah, mi hijo! ¡No puedes figurarte lo horrible que es para una madre el pensamiento de que un hijo pueda estar rabioso! Cualquier otra cosa...; ¡pero rabioso, rabioso!..."

Mi mujer, aunque más sensata, ha divagado también bastante más de lo que confiesa. ¡Pero ya se acabó, por suerte! Esta situación de mártir, de bebé vigilado segundo a segundo contra tal disparatada amenaza de muerte no es seductora, a pesar de todo. ¡Por fin, de nuevo! Viviremos en paz, y ojalá que mañana o pasado no amanezca con dolor de cabeza, para resurrección de las locuras.

.....

Marzo 15.

Hubiera querido estar absolutamente tranquilo pero es imposible. No hay ya más, creo, posibilidad de que esto concluya. Miradas de soslayo todo el día, cuchicheos incesantes, que cesan de golpe en cuanto oyen mis pasos; un crispante espionaje de mi expresión cuando estamos en la mesa, todo esto se va haciendo intolerable. "¿Pero qué tienen? ¡Por favor! —acabo de decirles—. ¿Me hallan algo anormal, no estoy exactamente como siempre? ¡Ya es un poco cansadora la historia del perro rabioso!" "¡Pero Federico! —me han respondido, mirándome con sorpresa—. ¡Si no te decimos nada ni nos hemos acordado de eso!"

¡Y no hacen, sin embargo, otra cosa, otra que espiarme noche y día, día y noche, a ver si la estúpida rabia de su perro se ha infiltrado en mí!

.....

.....

Marzo 18.

Hace tres días que vivo como debería y desearía hacerlo toda la vida. ¡Me han dejado en paz por fin, por fin!

.....

.....

Marzo 19.

¡Otra vez! ¡Otra vez han comenzado! Ya no me quitan los ojos de encima, como si sucediera lo que parecen desear: que esté

rabioso. ¡Cómo es posible tanta estupidez en dos personas sensatas! Ahora mismo no disimulan más, y hablan precipitadamente en voz alta de mí; pero, no sé por qué, no puedo entender una palabra. En cuanto llego cesan de golpe, y apenas me alejo un paso recomienza el vertiginoso parloteo. No he podido contenerme, y me he vuelto con rabia: "¡Pero, hablen, hablen delante, que es menos cobarde!"

No he querido oír lo que han dicho y me he ido. ¡Ya no es vida la que llevo!

. . . . . .

8 p. m.

—¡Quieren irse! ¡Quieren que nos vayamos!

¡Ah, yo sé por qué quieren dejarme!...

. . . . . .

Marzo 20 (6 a. m.).

¡Aullidos, aullidos! ¡Toda la noche no he oído más que aullidos! ¡He pasado toda la noche despertándome a cada momento! ¡Perros, nada más que perros ha habido anoche alrededor de la casa! ¡Y mi mujer y mi madre han fingido el más perfecto sueño, para que yo solo absorbiera por los ojos los aullidos de todos los perros que me miraban!...

. . . . . .

7 a. m.

¡No hay más que víboras! ¡Mi casa está llena de víboras! ¡Al lavarme había tres enroscadas en la palangana! ¡En el fondo del saco había muchas! ¡Y hay más! ¡Hay otras cosas! ¡Mi mujer me ha llenado la casa de víboras! ¡Ha traído enormes arañas peludas que me persiguen! ¡Ahora comprendo por qué me espiaba día y noche! ¡Ahora comprendo todo! ¡Quería irse por eso!

. . . . . .

7.15 a. m.

¡El patio está lleno de víboras! ¡No puedo dar un paso! ¡No, no!... ¡Socorro!

. . . . . .

¡Mi mujer se va corriendo! ¡Mi madre se va! ¡Me han asesinado!... ¡Ah, la escopeta!... ¡Maldición! ¡Está cargada con munición! Pero no importa...

. . . . . .

¡Qué grito ha dado! Le erré... ¡Otra vez las víboras! ¡Allí, allí hay una enorme!... ¡Ay! ¡¡Socorro, socorro!!

. . . . . .

—¡Todos me quieren matar! ¡Las han mandado contra mí todas! ¡El monte está lleno de arañas! ¡Me han seguido desde casa!..

. . . . . .

Ahí viene otro asesino... ¡Las trae en la mano! ¡Viene echando víboras en el suelo! ¡Viene sacando víboras por la boca y las echa en el suelo contra mí! ¡Ah! Pero éste no vivirá mucho... ¡Le pegué! ¡Murió con todas las víboras!... ¡Las arañas! ¡Ay! ¡¡Socorro!! Ahí vienen, vienen todos!... Me buscan, me buscan!... ¡Han lanzado contra mí un millón de víboras! ¡Todos las ponen en el suelo! ¡Y yo no tengo más cartuchos!... ¡Me han visto!... Uno me está apuntando...

## *La gallina degollada*

Todo el día, sentados en el patio, en un banco estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos, y volvían la cabeza con toda la boca abierta.

El patio era de tierra, cerrado al Oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco al declinar, los idiotas tenían fiesta. La luz enceguecedora llamaba su atención al principio; poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida.

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces alrededor del patio, mordiéndose la lengua y mugiendo. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón.

El mayor tenía doce años y el menor, ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer y mujer y marido hacia un porvenir mucho más vital: un hijo. ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación?

Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura nació bella y radiante hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando la causa del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados de la criatura recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo. Había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

—¡Hijo, mi hijo querido! —sollozaba ésta sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir: creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí!..., ¡sí!... —asentía Mazzini—. Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que...?

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creí cuando ví a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar detenidamente.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta,

herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente el segundo hijo amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veinticocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia, como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas de dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la sanidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores.

Mas por encima de su inmensa amargura quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar de! limbo de la más honda animalidad no ya sus almas, sino el instinto mismo, abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más.

Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años, Mazzini y Berta desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre si la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombres: *tus* hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

—Me parece —díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos— que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.

—Es la primera vez —repuso al rato— que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada.

—De nuestros hijos, me parece...

—Bueno, de nuestros hijos. ¿Te gusta así? —alzó ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expresó claramente:

—Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, ¿no?

—¡Ah, no! —se sonrió Berta, muy pálida—; pero yo tampoco, supongo... ¡No faltaba más!... murmuró.

—¿Qué no faltaba más?

—¡Que si alguien tiene la culpa no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

—¡Dejemos! —articuló al fin, secándose las manos.

—Como quieras; pero si quieres decir...

—¡Berta!

—¡Como quieras!

Este fue el primer choque, y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones sus almas se unían con doble arrebato y ansia por otro hijo.

Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre.

Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en su hija toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si aun en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo.

No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición es, cuando ya se comenzó a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaba casi nunca. Pasaban casi todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia.

De ese modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que sus padres eran incapaces de negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

—¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces...?

—Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito.

Ella se sonrió, desdeñosa:

—¡No, no te creo tanto!

—Ni yo jamás te hubiera creído tanto a ti..., ¡tisiquilla!

—¡Qué! ¿qué dijiste?...

—¡Nada!

—¡Sí, te oí algo! Mira; ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso pálido.

—¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

—¡Sí, víbora, sí! ¡Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes? ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez.

—¡Víbora tísica! ¡Eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos; mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la

mañana la ligera indigestión había desaparecido y, como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó tanto más efusiva cuanto infames fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día, radiante, había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar la frescura de la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación. Rojo... rojo...

—¡Señora! Los niños están aquí en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en estas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuanto más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos.

—¡Que salgan, María! ¡Echelos! ¡Echelos, le digo!

Las cuatro bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Después de almorzar salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron; pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse en seguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternales, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero aún no alcanzaba. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hízole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos crispadas. Viéronla mirar a todos lados y buscar apoyo con el pie para alzarse más.

Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma idea insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie iba ya a trepar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintióse cogida de una pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

—¡Soltame!, ¡dejame! —gritó sacudiendo la pierna. Pero fue inútil.

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! —lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

—¡Mamá! ¡Ay, ma...! —no pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama —le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba a dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio.

—¡Bertita!

Nadie respondió.

—¡Bertita! —alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló del horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija! —corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta, entornada, y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola.

—¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

## *El almohadón de plumas*

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. El, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía no poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de su marido. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto

Jordán, con honda ternura, le pasó muy lento la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándoles los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni pronunciar palabra.

Fue ése el último día en que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole cama y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico. Y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin que se oyera el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, deteniéndose un instante en cada extremo a mirar a su mujer.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia lanzó un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola por media hora, temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella sus ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor, mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio, y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... Poco hay que hacer.

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en subdelirio de anemia, agravado de tarde, pero remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas oleadas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aun que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares

avanzaban ahora en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama, y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el sordo retumbo de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, cuando entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló rápidamente sobre aquél. Efectivamente sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó; pero enseguida lo dejó caer y se quedó mirando a aquél lívida y temblando. Sin saber porqué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho—, a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón sin duda había impedido al principio su desarrollo; pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de plumas.

**"Si se debiera juzgar del valor de los sentimiento por su intensidad ninguno tan rico como el miedo dice un personaje de Quiroga. En estos cuento -cinco de los cuales son desconocidos- el prime cuentista uruguayo provoca sabiamente la inquie tud, el desasosiego, el más intenso pánico.**

ENCICLOPEDIA
II
URUGUAYA

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montev
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S.
Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición ampa
en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Pa
Mayo de 1968.